

## Del Pasado

### Por el Conde San Juan de Jaruco

4 Abril 1948

#### Postreras Recomendaciones de D. Alfonso XIII a Su Hijo D. Juan

Poco antes de su destronamiento, Don **Alfonso XIII** sufrió un fuerte ataque al corazón, que se mantuvo en el más absoluto secreto, alarmando muchísimo a sus familiares.

Por el año 1941, durante su estancia en Roma, Su Majestad se quejaba con frecuencia de un intenso cansancio por lo que le recomendaron sus médicos que permaneciera en cama durante algún tiempo: pero pronto se dio cuenta Don **Alfonso** de su gravedad, al observar que a pesar del reposo que hacía, la disnea aumentaba, su pulso empeoraba y las palpitaciones disminuían.

Después de una pasajera mejoría, la disnea reapareció con más intensidad y su estado general empeoraba por momentos, por lo que Su Majestad, con gran serenidad de espíritu, ordenó que se llamará enseguida a su confesor, con quien estuvo encerrado bastante tiempo, solicitando poco después los auxilios religiosos de última hora.

Cuenta un respetable señor, amigo muy querido de la familia real, que terminado de administrar al monarca el último sacramento, partió el cura seguido por los monagos, saliendo todos de la Cámara Real, menos Don **Juan**, Príncipe de Asturias, heredero del trono, a quien había manifestado el Rey su deseo de hablar a solas. Dijo a su hijo y sucesor, "que se mantuviera siempre en el camino del deber, que es el del honor. Debía ser Don **Juan** buen cristiano, como todos sus antepasados, sin olvidar jamás que un rey tiene más obligaciones que derechos y que estas le han sido otorgadas para el mejor cumplimiento de aquellos. La vida en sí nada vale, pero no podemos disponer de ella sino para el servicio de Dios y de la Patria. Recuerda, hijo mío, que los hombres fueron muy injustos para con tu padre, a quien acusaron de faltas que no había cometido y dispusieron sin razón. Te lego la vindicación de mi memoria para que todos los españoles sepan algún día que amé a mi Patria apasionadamente. Yo siempre, lo digo ante el Todopoderoso en esta hora final de mi vida, quise a España sobre todas las cosas terrenas, aún más que a vosotros mismos, carne de mi carne y sangre de mi sangre. Preferí dejar la Corona sin defenderme a que por mi se derramara una sola gota de sangre. Quizás hice mal en no resistir por las armas el empujé de mis adversarios, que eran también los enemigos de la Patria y de Dios. Me voy al mundo de donde no se vuelve nunca, limpio de sangre y de violencia; tengo esa satisfacción. Perdoné cuánto pude y me dejaron, fui bueno y dadivoso con todos, a veces más de lo que merecían; nadie me lo agradeció, sino que a la hora de prueba me abandonaron. Si alguna vez pequé, falte a mis obligaciones o cometí alguna injusticia, no fue a sabiendas. ¡Qué Dios me lo perdone en su infinita bondad! ¡Juan, hijo mío!"

La respiración del enfermo era cada vez más defectuosa, las frases más cortadas, el aliento más débil, con las manos se apretaba la garganta. Se asfixiaba. Don **Juan** fue precipitadamente en requerimiento de los médicos que aguardaban en la puerta. "El Rey se muere", dijo con espanto. Efectivamente Su Majestad **Alfonso XIII** entregó su alma a Dios el 28 de febrero de 1941.

El cadáver de Don **Alfonso** recibió tierra en la iglesia de Monserrat, romana, mientras en el Escorial, un féretro vacío del panteón de los Reyes, por el mismo Don **Alfonso** designado para su sueño eterno, aguarda las cenizas del caballeroso Monarca, que ya entró en la Historia.